

Renacimiento del café

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Unamuno decía, hablando en veras, que el café era la única "universidad popular" que había en España. Puede extenderse el aserto del rector salmantino y afirmarse que, en todas partes, es en torno a la humeante taza aromática donde se dicta la cátedra no-académica más eficaz. Las peñas españolas han sido semilleros de creación y crítica —ésta a veces, es cierto, tan franca como implacable— y la historia de la literatura peninsular tendrá que dedicarle mañana unos cuantos párrafos a la tertulia de la Granja del Henar, presidida por Valle Inclán, o a la de Pombo, regida por el incansable ingenio de Gómez de la Serna. Este hábito de la reunión de las gentes del mismo oficio —y en Madrid hubo, y hay, peñas de futbolistas, de burocratas, de políticos, no sólo de poetas y pintores— sólo se puede ejercitar y difundir si existe un local a la manera tradicional, con mesitas ante las cuales, como un hogar, se disponen los platicantes, y si el patrón y los mozos son indulgentes en cuanto al tiempo que gastan aquéllos para consumir una tacita de precio más bien modesto, en cuanto al barullo que desatan en su charla, en cuanto al tráfico e idas y venidas que establecen convirtiendo el café en centro de muy diversas operaciones.

La muerte de esta fecunda práctica en América, a donde vino de la Europa de las terrazas soleadas en las que la conversación floreció como un sistema comunicativo de recíproca ilustración, de interconocimiento, de amistad y solidaridad profesional, fue el reemplazo del café de mesas por el llamado "bar americano", "bar automático", "snack bar" o "self service", que consagró el mostrador como centro y las bancas dispuestas paralelamente a su extensión, impidiendo así el indispensable cara a cara de los contertulios. A un lado de la barrera los consumidores y al otro los servidores, lo cual al reducir el acto de beber la taza de negro líquido a una mera transacción comercial, eliminó el necesario pretexto coloquial de la peña. El golpe más fuerte que se ha propinado contra el saber no-académico del café fue, pues, este esfuerzo de funcionalidad estricta que introdujo la era de la eficacia y la productividad en aquel templete del ocio útil, en el que tantos hicieron bien a tantos mediante el cambio de ideas, la crítica privada y la consagración amical.

La institución, sin embargo, estuvo tan arraigada y fue antaño tan fructífera que, pese a su decadencia, tiene una agonia que puede ser el origen de un pronto renacimiento. No es posible vivir yendo de los asuntos a los asuntos, sin poner entre unos y otros una pausa de conversación con los demás. Se descubre ahora que donde hay un suscitador de la reunión, un "manager" generoso, y algún pretexto, la peña cafeteril nace alegremente. Eso es lo que está sucediendo en el Café de los Huérfanos donde Juan Mejía Baca, en ocasiones a propósito de la edición de un libro —como últimamente con oportunidad a la aparición de un volumen de cuentos de Zavaleta—, junta a tirios y troyanos. Cita de café de "amplia base", como se suele decir en términos al uso, prevalece en ella la tolerancia del anfitrión por sobre los distanciamientos de los huéspedes, y en fin, restablece la buena costumbre de encontrar periódicamente a aquellos que hacen lo mismo que nosotros, tienen idénticos problemas y buscan para ellos soluciones semejantes. Porque el café, y sabe Dios por qué razones, posee un natural carácter martimporresco, que silenciosamente convoca a las especies diferentes y rivales alrededor de la taza sabrosa y pacificadora y domeña sus dientes y sus garras.